

las Américas; Fenner Brockway, Independent Labour Party de Gran Bretaña; S. O. Davies, Federación de Mineros de la Gran Bretaña; Harry Pollit, Movimiento de las Minorías Nacionales, Gran Bretaña; Henriette Roland Holst, Holanda; Georges Gerard, Bélgica; P. S. Spaak, Bélgica; Charles Plisnier, Bélgica; Victorio Verri, Italia; Guido Miglioli, Italia; Albert Fournier, Francia; León Vernochet, Internacional de los Trabajadores de la Enseñanza, Francia; Prof. Teodoro Lessing, Alemania; Profesor Alfonso Goldschmidt, Alemania; George Ledebour, Alemania; Dra. Helena Stoeckekr, Alemania; Prof. Nejedly, Checo-Eslovaquia.

C R O N I C A S

UBICACION DE HEINRICH ZILLE

El clima histórico y el genio nacional alemanes son propicios al arte social. Un pueblo, una época han menester siempre de una mitología. Ningún arte era menos apto para suministrárselos que el arte verista o impresionista—no diré realista—esencialmente sensual o imitativo. Los artistas alemanes no han brillado mucho en el siglo en que el paisaje, el retrato y el desnudo, interpretados con el más puro naturalismo, imperaban por sí solos como asuntos de pintura y escultura. En esto sobresalían los latinos—franceses, españoles, italianos. El empirismo inglés podía producir un prolijo Turner y aún la exquisita obra prerrafaelista. El genio nacional alemán es siempre metafísico y mitológico, abstractista. Ningún impresionista alemán puede ser colocado al lado de Renoir, de Manet, de Cezanne. Cuando la pintura latina extraía sus temas de la naturaleza y se esmeraba en su reproducción hasta caer en el ascetismo de la botella y la manzana novecentista, la más genuina pintura germana estaba representada por Boeckling y por sus grandes ficciones anacrónicas.

Pero desde que en el arte se trata de crear la mitología de la época, el genio alemán reclama de nuevo su parte en este trabajo. Y es así como la estirpe de Honorato Daumier, en ningún país está tan egregiamente representada como en Alemania, donde dibujantes cual George Grosz y como Kaethe Kolwitz comunican tan vivamente a su obra su sentimiento político-social.

Heinrich Zille, el gran artista que Alemania ha perdido recientemente, era de esta estirpe. No era exclusivamente un satírico terrible a lo George Grosz. Podía emplear su talento artístico en la interpretación del drama proletario, con fuerza patética, no exenta de lirismo. Pero podía también emplearlo, con el mismo acierto, en la representación implacable de los pingües y salaces especimens de una burguesía ahita y glotona. Las caderas, los vientres y los muslos de las burguesas alemanas no han tenido una más exasperada y obsesionante descripción. En Grosz, la burguesa, situada en un ambiente de lujo metropolitano tiene cierta estilización de cocotte—vicio y perversidad; en Zille es aún primitiva, animal, rudimentaria. Pero es bajo este aspecto que la obra de Heinrich Zille se emparenta, en el espíritu y en el tiempo, con la de George Grosz.

Ilya Eherenburg, ha encontrado en Berlín, en el café Schotendalm, al mundo pintado por George Grosz, este "mundo cruel y orgánico" del cual hizo el genial artista alemán "una demonología grandiosa". Mirándolas comer, danzar, desearse, Ilya Eherenburg difícilmente puede concebir que "estas gentes sean capaces de inventar, ejercer un oficio, crear". En esto coincide con la observación de Italo Tadolato, sobre el sentimiento místico de condenación del "burgués", como un ser frustrado, incapaz de la perfección, que tiene el arte de Grosz. Pero Eherenburg quiere que esta demonología sea de estricta filiación germana. "El mundo de Grosz—escribe—es fantástico y a decir verdad, lleno de